Opinión

LA TRIBUNA

Treinta años después

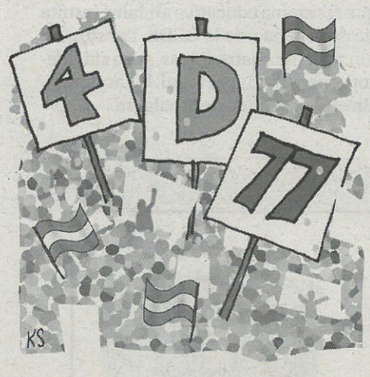
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología Social
de la Universidad de Sevilla

SE cumplieron ayer treinta años desde aquel histórico 4 de Diciembre en que Andalucía reafirmó en las calles, para sorpresa de muchos, su identidad política, reivindicando el autogobierno necesario para decidir sobre su futuro. Cientos de miles de hombres y mujeres, de todas las edades y condición, unidos bajo una única bandera –la verde, blanca y verde– y un mismo grito de Autonomía plena, recorrieron las ciudades de las ocho provincias andaluzas y de la "novena" (la de los emigrantes, Barcelona) haciendo visible –la mayoría de ellos sin conocerla– la afirmación de Blas Infante de que "Andalucía es una realidad nacional, una patria viva en nuestras conciencias".

Sin aquel histórico 4-D de 1977 –un día alegre y también de luto, por el asesinato, en la manifestación de Málaga, de Manuel José García Caparrós– no se hubiera producido, al año siguiente, el Pacto Autonómico de Antequera, en que once partidos políticos, a instancias del presidente de la Junta pre-autonómica, el recordado Plácido Fernández Viagas, se comprometieron a poner en marcha el proceso que llevaría, en el referéndum del 28 de Febrero de 1980 –a pesar de todos los incumplimientos, trampas y dificultades–, a hacer de Andalucía, jurídicamente, una de las cuatro nacionalidades de primera división del Estado español, rompiendo el diseño territorial previsto en la Constitución. En aquel periodo, Andalucía –el pueblo andaluz, la sociedad civil, por delante de los partidos– actuó Por Sí y para sí; y de ello se beneficiarían luego otras Comunidades Autónomas.

Ahora, que tanto se habla de rescatar la memoria histórica, convendría activar la historia verdadera de aquellos años, luego reinterpretada desde la casi exclusiva mirada y los intereses de quienes han monopolizado el poder. Sobre todo, sería necesario abrir el debate sobre las responsabilidades y los mecanismos que han llevado a renunciar al protagonismo político que conquistó entonces Andalucía; al menosprecio de nuestros valores y expresiones culturales, salvo aquellos que pueden venderse, desactivados, en el mercado turístico; al vaciamiento del autogobierno, convertido en simple medio de implantación de las políticas neoliberales de la Unión Europea y del gobierno de Madrid –que son básicamente las mismas, tanto si gobierna en este el PSOE como el PP–; y, en definitiva, a la atonía y encefalograma plano de unas instituciones autonómicas convertidas, con pocas excepciones, en simples gestorías de los intereses de los grupos de poder económico –observen, como ejemplo, la reciente e impúdica marcha atrás, que llaman "flexibilización", de las medidas para la ordenación del territorio ante las presiones de inmobiliarias, constructoras y ayuntamientos de diverso color político–.

El camino a seguir por los andaluces no puede ser la mirada nostálgica sobre aquel 4 de Diciembre, tan cerca y a la vez tan lejos, sino la activación actualizada de los valores que lo hicieron posible



La degradación del autogobierno que los andaluces exigieron el 4-D, y por el que votaron con entusiasmo el 28-F, empezó ya con el recorte del primer Estatuto y se profundizó aún más –a pesar de toda la publicidad y palabrería desplegadas para convencernos de lo contrario– en el recientemente aprobado con el respaldo de más del 90% de los miembros del Parlamento andaluz (los del PSOE, PP e IU), pero sólo por un aproximado 30% de sus "representados": una aparente contradicción que han borrado con rapidez de sus preocupaciones los profesionales de la política.

Hasta qué punto se ha conseguido narcotizar la conciencia colectiva de los andaluces como pueblo lo reflejan las escasas iniciativas para promover la abstención o el voto en blanco en las próximas elecciones autonómicas, único modo que nos queda para mostrar la protesta ante la coincidencia, una vez más, entre estas y las generales, imposibilitando centrar el debate sobre Andalucía y los problemas andaluces.

Todo lo anterior, sin embargo, no debiera llevarnos a pensar que nada puede hacerse. Si miramos al mundo, este nos muestra cómo, a pesar de la globalización uniformizadora y de los nacionalismos de Estado, se activan cada día más las identidades de los pueblos (y también de las minorías sociales) y avanzamos hacia un modelo de soberanías compartidas entre los niveles estatal, supraestatal y nacionalitario. Andalucía, para no estar ausente de este modelo, debe activar la conciencia de su identidad histórica, cultural y política. Tener la voz que sólo puede darle un verdadero poder propio: tanto político como económico y cultural. Ello pasa, necesariamente, por activar la conciencia crítica sobre nuestras verdaderas realidades y rechazar el papel pasivo y adocenado de simples consumidores de lo que la publicidad narcotizante quiere vendernos. Se trataría de convertirnos, nuevamente, en ciudadanos, en andaluces conscientes –que dirían los clásicos–. Y, para ello, el camino no puede ser la mirada nostálgica sobre aquel 4 de Diciembre, tan cerca y a la vez tan lejos, sino la activación actualizada de los valores que lo hicieron posible.

CRÓNICA PERSONAL

Pilar Cernuda

Falsa unidad

A la tragedia del atentado de Francia hay que sumar la tensión que se vive entre los dos partidos políticos mayoritarios, que no han aguantado ni doce horas el espíritu que marcó el comunicado que aprobaron los grupos parlamentarios. Un solo texto para aunar las diferentes posiciones, y la convocatoria de una manifestación de repulsa.

El primero en descolgarse fue José Alcaraz, que puso unas exigencias previas sobre la mesa que no tenían nada que ver con lo que se espera de quien debe pensar en lo que es mejor para las víctimas, sino que una vez más entró de lleno en el plano político, como ha hecho desde el mismo día que fue elegido presidente de la AVT. El Foro de Ermua expresó sus dudas sobre la oportunidad de la manifestación, pero dio a sus seguidores libertad para hacer lo que consideraran más conveniente. Y la reacción más sorprendente, más inexplicable, fue la del presidente de Gobierno, que no quiso sumarse a la manifestación. Desde su entorno se dieron varias justificaciones contradictorias, alguna de ellas falsa de toda falsedad, como la que indicaba que el Gobierno no acudía a ese tipo de manifestaciones. No era cierto, varios ministros se sumaron a la que se celebró tras el atentado del la T-4 de Barajas, y no lo hicieron a título particular, sino como miembros del Gobierno. No se puede comprender la ausencia de Zapatero en una concentración con la que miles de españoles han querido expresar su repulsa al atentado.

En las últimas horas el ambiente de crispación de toda la legislatura ha llegado a un punto que roza lo insoportable

En las últimas horas el ambiente de crispación que sufrimos durante toda la legislatura ha llegado a un punto que roza lo insoportable. Los abucheos al presidente de Gobierno en el funeral de Raúl Centeno dicen muy poco de quienes deben respeto al jefe de Gobierno incluso en la discrepancia, pero sobre todo deben respeto al guardia civil asesinado, a sus familiares y compañeros en la ceremonia de duelo. Y ha sido también insoportable que un grupo de ultras haya insultado a los concejales socialistas que se sumaron al acto de homenaje a Centeno ante la sede del Ayuntamiento de Madrid. Ese tipo de agresiones verbales definen –para mal– no sólo a quienes las protagonizan sino también a quienes las alientan.

Lo más relevante de la manifestación madrileña era que estaba apoyada por los partidos parlamentarios y por los sindicatos. Lo más importante era que, por primera vez en esta legislatura, había sido posible el acuerdo. Lo más significativo era que después de cuatro años de pésimo ejemplo para la sociedad, los partidos podían presentar, al fin, una fotografía de unidad. Todo eso se vino abajo cuando el presidente de Gobierno decidió no acudir a la manifestación.

DE POCO UN TODO

Enrique Garcia-Maíquez
www.egmaiquez.blogspot.com

Spes

PARA empezar, la esperanza ha salvado este artículo. De no ser por la nueva encíclica de Benedicto XVI, Spes Salvi, yo me habría ocupado hoy de asuntos terribles, como el atentado de ETA contra los dos jóvenes guardias civiles o los innumerables abortos de las clínicas de Barcelona. Habríamos acabado con el corazón cabizbajo.

Y no es que vaya a desentenderme de esos asuntos, que jamás. El Papa no nos invita sólo a poner los ojos en el cielo, sino también a hincar bien los pies en la tierra. La esperanza cristiana ha movilizado a millones de personas a lo largo de la historia para ocuparse más y mejor de sus prójimos. Eso lo ve cualquiera que mire a su alrededor sin prejuicios. Ante los males del mundo, la esperanza no es un calmante, ni *valium* ascético ni placebo de *prozac*. De hecho, es quizá la más poderosa fuente de energía de la humanidad. Cuantos la han intentado sofocar o desnaturalizar se han encontrado con la vigorosa resistencia de los mártires. De calmante, pues, nada de nada.

El lector laico estará tentado a pensar que la encíclica no va con él, y a pasar página del periódico. El Papa no hace lo propio, y a lo largo de Spes Salvi entabla un diálogo a tumba abierta con pensadores de todas las escuelas, desde Platón y san Agustín, por supuesto, hasta Karl Marx, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, pasando, entre otros, por Francis Bacon. Teniendo en cuenta que hablamos de un valor universal, nada más sensato que contrastar las muy diversas concepciones de la esperanza, y sopesar sus logros y fracasos. Yo, que procuro no perderme los libros de los mejores pensadores ateos, le recomendaría a ese lector laico este digamos ensayo de uno de los más claros pensadores cristianos. Por contrastar.

Nuestra esperanza, que ha aportado mucho al mundo, está orientada hacia la vida eterna. Qué brillante y asequible resulta la argumentación de la encíclica en este punto. A mi formación jurista y a mi devoción por Dante le emociona la fuerza probatoria de la vida eterna que el Papa concede a la necesidad de una completa realización de la justicia.

Sin resurrección ni Juicio Final, el sacrificio de tantos inocentes quedaría impune, y ellos sin recompensa. Hay que luchar por la justicia aquí, pero no desesperar cuando la veamos tan débil y manipulada, tan en manos indignas. En última instancia –nos dice la fe– una Justicia sin fisuras, que es Amor, se impondrá tal y como aspiran todas las personas de buena voluntad. Por eso, ante los atentados o ante los abortos masivos de Barcelona, por encima de nuestra necesaria indignación civil, brilla imperturbable una segura esperanza.